

La Revista

DIRECTOR: **Julio HERRERA Y REISSIG**

SUMARIO

José Ingegneros	El delito como vínculo entre la ciencia y el arte	193
Alejandro Escobar y Carvallo. . .	Nocturnal	197
Vicente Nicolau Roig	Un hombre de mérito	197
Florencio Otero Mendoza	¡Famoso don!.	198
José Cibils	¡Excelsior!.	199
José M. Quevedo	Á una mujer	200
Felipe A. Oterriño	Divinidad caída	201
Germán García Hamilton	Modelos	203
Manuel María Oliver	Á la luz de la luna.	204
Julio Herrera y Reissig	Conceptos de crítica	208
José Cibils	Visionaria	221
Manuel A. San Juan	Mesembria	222
De la Redacción	Notas de Redacción.	223

MONTEVIDEO
ADMINISTRACIÓN DE LA REVISTA

96 — CALLE CÁMARAS — 96

1899

EL DELITO

COMO VÍNCULO ENTRE LA CIENCIA Y EL ARTE

En «Los Novios» figuran casi exclusivamente tipos psico-antropológicos encuadrados por Leggiardi en los de la escuela positiva; sus observaciones, por cierto muy interesantes, acaban de ver la luz en un tomito editado por Bocca, de Turín.

Debe recordarse que ya *Arturo Graf*, en una crítica magistral de la obra de Manzoni, había llamado la atención sobre sus inteligentes observaciones psicológicas; y, después de él, *Sighele* y *Ferri* han constatado sus óptimas visiones relativas á la psicología de las multitudes, al mismo tiempo que *Paulina Lombroso* señalaba sus finas intuiciones sobre la psicología de los niños.

Leggiardi evidencia que Griso, Don Rodrigo y Nibbio, por sus rasgos psíquicos y físicos, son tipos de verdaderos criminales natos, tales como los señala la antropología criminal; en cambio Renzo y Lucia son el reverso de la medalla: la idea del delito, que en cierto momento psicológico pudo germinar en sus conciencias honestas, no encuentra condiciones orgánicas propicias para arraigarse y desarrollarse, y desaparece, dejando un cruel remordimiento en el solo hecho de haber pensado en el crimen.

El delincuente ocasional se encuentra admirablemente representado en «L'Innominato», á quien las circunstancias ambientales arrastran á delinquir, de la misma manera que otras circunstancias le hubieran arrastrado á realizar grandes y buenas obras; Ludovico, que mata al asesino de su amo, cegado por la visión de su asesinato, es un ocasional impulsivo, que se arrepiente inmediatamente y hace un voto de expiación que cumple bajo su hábito de «Padre Cristoforo».

Don Rodrigo y el conde Atilio, y Egidio y la Monja de Monza, presentan dos casos de pareja delincuente que podrían figurar muy bien entre los casos de sugestión á dos recogidos por Sighele; la primera es pareja de amigos, la segunda pareja de amantes. En ambas están bien retratadas las influencias y las luchas entre el *incubo* y el *súcubo*.

Algunos episodios de la novela presentan casos bien definidos de locura y criminalidad colectiva; el hecho de la obsesión de los autores muestra una psicosis epidémica que arrastra á toda una población hasta la ilusión morbosa, la alucinación, el delirio de persecución. Y la interpretación que daba Manzoni á esos fenómenos coincide perfectamente con la que da la psicología colectiva contemporánea, después de los brillantes estudios de *Ferri*, *Sighele*, *Tarde*, *Pugliese*, *Le Bon*, *Rossi* y otros.

Otra figura muy característica es la del doctor «Azzecagarbugli», caricatura del abogado mercader é inmoral y del parásito social; la escuela positiva le daría ubicación entre los criminaloides estafadores: *Lino Ferriani* lo presentaría como ejemplar típico en sus estudios sobre los «Delinquenti, Scallrite Fortunati», caracteres equívocos de delinquentes disfrazados por la levita y la camisa almidonada. Tales los resultados á que arriba la crítica científica al internarse en los suburbios psico-antropológicos de la obra de Manzoni.

Esa labor científica autoriza algunas conclusiones que son la espina dorsal de nuestra tesis.

I.—El proceso seguido por la humanidad para llegar al conocimiento positivo de la verdad, es generalmente un trabajo de integración y refinamiento intelectual que comienza, en sus manifestaciones embrionarias, por su comprensión intuitiva y nebulosa por parte de la masa popular que lo cristaliza en su lenguaje diario ó bajo forma de refranes, etc.; luego las intuiciones de los grandes artistas traducen, filtran y sintetizan ese conocimiento difuso en forma de concepción imaginativa concreta; y por fin, después de un período de abstracción y metafísica con ribetes científicos, la verdad pasa á ser consagrada por la ciencia en virtud del análisis á que la someten los métodos positivos de constatación científica.—En el estudio de los criminales esta ley de integración progresiva del conocimiento se comprueba admirablemente, según lo ha observado *Lombroso*.

II.—El Arte y la Ciencia, en sus grandes manifestaciones, llegan á una intelección uniforme de los fenómenos del mundo y de la vida, no obstante de que el uno se vale de la intuición, mientras que la otra extrae sus jugos á la experimentación; es método común á ambos la observación aunque asume modalidades diferentes.

III.—No existe, pues, antagonismo entre el Arte y la Ciencia, sino diferencia de progresión en el tiempo; sus resultantes son armónicas, siendo las del uno la fase intuitiva de las de la otra. El antagonismo aparente resulta de que la concepción artística y la científica de una verdad no son simultáneas sino sucesivas; de allí que mientras la primera puede vagar atrevidamente por toda la inmensa pampa de la imaginación, la segunda marcha necesariamente con paso firme por los senderos que conducen directamente al conocimiento de la verdad: el arte es el pájaro que vuela por el campo fecundo preñado de gérmenes, la ciencia es el labrador que paso á paso abre el surco y prepara el advenimiento de la mies dorada y bienhechora. El pájaro puede haber recorrido todo el mismo campo que solamente más tarde recibirá el filoso beso del arado.

IV.—Con estos criterios es posible considerar que en el problema de la ciencia y el arte la diferencia entre el desarrollo de los dos términos es, efectivamente, grande; aunque no por eso es cierto que en arte todo está dicho y en ciencia todo está por decir. Conste que—á pesar de los calambres mentales de *Brunetière* y demás lacayos de la impotencia y del misonetismo—la ciencia ha resuelto ya los tres problemas de vital importancia para la humanidad: qué es el hombre, cuál es su origen, cuáles son sus finalidades; y, por otra parte, nos da normas que presidan la acción humana tan buenas y útiles como las viejas morales, abstractas y metafísicas, al mismo tiempo que nos enseña á ser verdaderamente felices y nos da los medios de serlo. (Que «la verdadera felicidad es la ignorancia» es un bello absurdo de *Tolstoi*, que tiene sus admiradores entre los que carecen de voluntad ó capacidad para salir de ella, y su más solemne desmentido en la ilustración de su autor: *Tolstoi* no se habría ilustrado con el propósito de hacerse infeliz...) Pero de la diferencia en la amplitud del desarrollo alcanzado por cada uno de los términos no puede inducirse su divergencia ó antagonismo; equival-

dría á afirmar el antagonismo entre la flor y el fruto.
 V.—Además de armonía puede existir solidaridad y cooperación entre el arte y la ciencia. Esta última es la que puede dar consagración á la obra de arte verdadera, sirviendo de agua regia para distinguir el oro del doublé; ella dirá si hay verdad en la observación psicológica, en el estudio social, en la interpretación de la naturaleza, en la síntesis filosófica, en la simbolización de una idea, de un sentimiento ó de una fuerza: y así pondrá pedestal al genio del arte. Y éste, á su vez, puede ofrecer la corroboración de sus intuiciones y observaciones para cimentar las conclusiones de la ciencia.

Y son así, dos manos fraternalmente estrechadas donde otrora se vieran dos aceros cruzados para eternizar una lucha imaginaria.

Aquí una última constatación. El delito además de tener ya reconocida por la ciencia una función social, tiene desde hoy derecho á que se le reconozca una función intelectual importante. El es, en efecto, el que sugiriendo á los genios del arte la intuición de hechos y principios cuyo conocimiento sugirió más tarde á los genios de la ciencia en conformidad con las disciplinas de sus métodos positivos, ha contribuido más poderosamente á la constatación de las armonías entre el arte y la ciencia, proporcionando los elementos para derribar el préjuicio de su divergencia ó antagonismo.

En una de sus últimas producciones, *Lombroso* decía que debía tratarse de canalizar las tendencias antisociales de los delincuentes de manera que resultaran desviadas hacia un fin socialmente útil; esas fuerzas, que abandonadas á sí mismas constituyen un peligro, podrían utilizarse aplicándolas á fines especiales. Este es el criterio fundamental de su orientación hacia la «simbiosis» del delito. Y bien, la naturaleza, sabia en la determinación de sus eternas leyes de vida, de armonía, de equilibrio, ha precedido con el hecho á la genia! idea del sabio de Turín, y ha destinado el delito para servir de rama de olivo entre el arte y la ciencia, pagando así su tributo á la humanidad en la más alta moneda intelectual.

Y de la excursión inteligente realizada en nombre y al amparo de la ciencia por los jardines multicolores y perfumados del arte, el pensamiento se orienta, naturalmente, hacia esas conclusiones que bien podrían ser los pedestales de la armonía futura entre las dos grandes ramas de la

labor intelectual, surgidas de un mismo tronco biológico, la psique, y lentamente desarrollados en la escala de los seres vivos durante el transcurso centenario de los siglos que todo lo edifica é integra, lo desmorona y transforma, dando alas de luz para su vuelo leve y desenfrenado á los grandes engranajes de la fantasía de los imaginativos, y garras de bronce, para penetrar el secreto misterioso de las entrañas de lo desconocido, á los arquitectos heroicos del soberbio edificio del conocimiento humano.

José Ingegnieros.

Buenos Aires, Agosto de 1899.

NOCTURNAL

El prado azul, florido, sembrado de camelias,
 brillaba como un lago recamado de espuma
 y lucían las blancas flores astrales y helias,
 sus cálices de pétalos de lirio que perfuma.

Llovía una luz blanca sobre el prado celeste
 y brillaba el rocío sobre las bellas flores,
 y cruzaba el espacio, con rumbo hacia el Oeste,
 una blanca Paloma á una cita de amores...

Agitaba sus alas de plumaje de nieve
 cubriendo de perfumes la estela de sus rastros,
 y tenía la albura su hermosa cola breve
 del brillo de las blancas constelaciones de astros.

El velo de la bruma, con su gracia perenne,
 envolvía los campos, el espacio y el agua,
 y bogaba en el éter la pálida Selenne,
 como boga á la vela en un lago una piragua...

Alejandro Escobar y Carvallo,
 Chileno.

En Santiago de Chile y 1899.

UN HOMBRE DE MÉRITO

Provisto del bastón y de los guantes
 y erguida, con orgullo, la cabeza,
 estudia, con irónica fijeza,
 á sus desventurados semejantes.

Su imperio está en los centros elegantes,
 donde hace ostentación de su riqueza,

y en donde se discute la belleza
de algunas de sus célebres amantes.
El mundo la cerviz ante él inclina,
le cercan los amigos á montones,
mujeres de hermosura peregrina
rabian por merecer sus atenciones...
—¿Y qué méritos tiene?
—¡Caspitina!
¿aún te parecen pocos diez millones?

Vicente Nicolau Roig.

¡FAMOSO DON!

Aquellas exclamaciones, eran de un arranque de sinceridad conmovedor; esa interpelación dirigida á París, era como un reproche que le hacía á su estrella, á su destino: á la Fatalidad que le había lanzado á un escenario en que se moría de parálisis, teniendo en su alma un motor poderoso, que se desgastaba, se corroía sin provecho. Eran frases que brotaban espontáneas de sus labios, como el chorro de una fuente, cuando se sentía invadido de una melancolía pavorosa que le hacía estremecer y agitar su cuerpo, hasta obligarle á caminar, dando vueltas en su cuarto y pasarse la mano nerviosamente por entre el cabello. La visión clarísima de un mundo, el más apetecible, vista al través de una imaginación sedienta de él; los estremecimientos de sus deseos juveniles, agitando su cuerpo eléctricamente, y la quietud, el silencio, rodeándole, envolviéndole, encadenándole, y, después de todo eso, la frase de aquel amigo; la manifestación de la creencia, en que todos se hallaban, de que á él le faltaba el don, repercutiéndole en su oído y en su amor propio y revolviéndole la bilis.

¡Dudar de su poder!.. Valía tanto como dudar de la competencia de un médico «laureado, interno de los hospitales de París»... ¡Dudar de él, que á veces le parecía haber estado ya en París, haber vivido la vida fecunda y vertiginosa de la gran capital, haber palpado con sus propias manos y visto con sus propios ojos las deliciosas locas *demi-mondaines*, haber sentido el calor de los nidos, las emociones embriagadoras de la pasión y la tensión nerviosa del ladrón de fruto de cercado ajeno!.. ¡Dudar de él, que le parecía sentir en su olfato, constantemente, el

perfume voluptuoso, clásico, que acompaña á los vestidos de la amada, que lo infiltra en todo lo que toca, y la envuelve, y á su paso queda como estela!.. ¡Qué locura! ¿No sentía, acaso, repleta su cabeza de las tramas que forman la táctica del poseedor del don valioso, hasta parecerle haber ya empleado muchas de aquellas tretas?

—¡Don admirable, que descueilas por sobre el cúmulo de buenas cualidades, tan potente, tan avasallador, tan irresistible: ¿será posible que mueras de inercia?—preguntaba Marcelito y exclamaba luego con desaliento:—¡Qué triste es saber que hay héroes y génios que mueren ignorados; pero, cuánto más triste es el ver que va á morir de inacción en uno mismo, sin que nadie jamás le conociera un don que es un tesoro!

Esto, Marcelito no lo puede soportar, no, no lo puede: es demasiado triste; y es por eso que contó aquella historieta, la mejor de su repertorio, aquella de la morocha encantadora, que ama con calor de sol tropical, y del marido con pasiones de «moro de Venecia», que hace fulgurar téticamente el niquelado del revólver, no se sabe si á la luz suave de la luna, ó al choque de sus miradas de muerte... aquella!.. la historieta que oyó contar Barruel y en la que Marcelito aparecía como protagonista, y que recibieron todos entre risas y jaranas... (1)

Montevideo, Agosto de 1899.

Florencio Otero Mendoza.

EXCELSIOR

Para el poeta Julio Herrera y Reissig.

Luchadores!—Las tiendas de campaña
que albergan paladines esforzados,
se levantan al pie de la montaña.
Resuena ya el clarín. Nuevos cruzados,
vencida hollemos la enemiga saña
para ser por la patria coronados.

Luchadores gigantes de la idea:
terminen ya los tímidos aprontes,
¡nos espera la Gloria en la pelea!
La fe, que allana los soberbios montes,
en el combate nuestro escudo sea...
¡corramos á clarear los horizontes!

(1) Continuará en el número próximo.

Dejemos á la Onfalia enervadora
y empuñemos la maza omnipotente
para formar la hueste vencedora.
¡Ay del que esconda la cobarde frente
y no vuele á la lucha redentora
para lidiar en ella heroicamente!

¿Qué?—¿Porque el vulgo con su befa hiere
al que los riesgos del combate rudo
á la molicie del placer prefiere,
nuestra falange detenerse pudo?
No, que el soldado de la idea muere
si no le es dado abrillantar su escudo.

Locos—nos llame muchedumbre ignara—
y como á Cristo su rechifla odiosa
á herirnos venga en nuestra propia cara.
Eso ¿qué importa, si la luz radiosa
dejamos encendida sobre el ara
y redimimos á la patria hermosa?

Hércules alce la potente clava,
Júpiter vibre el luminoso rayo
entre el fragor de la tormenta brava:
nadie solloce en femenil desmayo
que ha de lucir en nuestra tierra esclava
un sol de Gloria como el Sol de Mayo!

«Si la ambición en brazos de la suerte
al mar se arroja sobre frágil leño»
y triunfa del abismo y de la muerte
¿ha de dormir, con enervante sueño,
el genio altivo, varonil y fuerte,
que del grandioso porvenir es dueño?

No á los pueblos redimen solamente
el taller y la audaz locomotora
ni el surco en que germina la simiente:
debe alzarse en los pueblos, redentora,
la luz que se desprende de la mente
para encender la suspirada aurora.

Luchadores! al frente se levanta
la corona de mirtos y de rosas
que la Gloria con lampos abrillanta..
Coronemos las sienas victoriosas
y presentemos ante el ara santa
el carcax y las flechas luminosas!

Rosario de Santa Fe.

José Cibils.

A UNA MUJER

Tú, que tienes pupilas soñadoras,
tan vagas y tan tristes. Tú, que tienes

tan suaves y pálidas las sienas
como las más egregias reinas moras.

Tú, que tienes perezas obsesoras,
que llevas, de tu andar en los vaivenes,
la elegancia oriental de los harenes
y la gracia infantil de las pastoras.

Déjame acariciar tu cabellera.
Deja que me subyugue otra quimera.
Quiero olvidar á una belleza rubia,

Haciéndote una altiva Nazarena
que á su amor, implacable, me encadena
como si fuera un príncipe de Nubia!

José M. Quevedo,
Argentino.

DIVINIDAD CAÍDA

Para Francisco A. Riu.

Siempre que subía al púlpito, lo primero que divisaba,
al pasear una mirada por su auditorio, era aquella cabe-
cita rubia, como las heroínas de las leyendas escandina-
vas; aquellos ojos azules, eternamente velados por una
sombra de tristeza, de la tristeza de los cantos místicos y
de las sombras de las naves del templo; aquella cara pá-
lida, del color de las nubecillas del humo del incienso y
de los discos de la eucaristía.

La veía siempre en un éxtasis de beatitud, en un aban-
dono completo de todo su ser, arrodillada sobre el már-
mol del pavimento, con una expresión de amor divino en
sus ojos desmesuradamente abiertos, una plegaria de in-
finita ternura en sus labios temblorosos, y una súplica ar-
diente en el entrelazamiento nervioso de sus manos blan-
quísimas.

Luego la veía seguir muy atenta todas las fases de su
sermón; exaltarse con él en el amor del Crucificado; son-
reír en un arrobamiento de fe cuando él hablaba del pre-
mio destinado á los buenos, de la compensación guardada
para los que sufren en la tierra; estremecerse de terror
con la seguridad del castigo de las almas impuras, y luego,
brillar en sus ojos una esperanza, con la fe en la infinita
misericordia divina.

Una mañana muy temprano, al dirigirse al confesonario, entre un grupo de penitentes que lo aguardaban, la vió á ella abandonada, sobre las losas del pavimento, cuya frialdad, filtrándose en su cuerpo, se manifestaba en un largo estremecimiento que la recorría de pies á cabeza.

Después que hubo confesado dos ó tres viejas, febril, agitado, lleno de una prisa sin objeto, se acercó ella. Rezó el *Confiteor*, con voz trémula y débil, y luego siguió un silencio, apenas interrumpido por el murmullo de las oraciones de los otros fieles.

—Empiece, hermana; tenga fe en la misericordia divina —le dijo él muy dulcemente.

Entonces ella dió principio á su confesión.

Lo contó todo: su cariño infinito por un hombre, en quien había puesto todas sus esperanzas, toda su fe; á quien había entregado su alma y su cuerpo en un arrebato de pasión más poderoso que su voluntad, más fuerte que sus ideas religiosas, más grande que sus sentimientos de honradez. Luego su desesperación por el abandono de aquel hombre, que ya no la quería, que amaba á otra; sus arrepentimientos por la falta cometida, y sus plegarias á la divinidad, para que ella le devolviese aquel cariño que era su vida.

Estaba convulsa, poseída de una fiebre de contarle todo.

Sus palabras llegaban hasta él, á través de la rejilla del confesonario, como un cántico sublime de pasión, como una súplica ardiente de todo su ser.

El, conmovido y asombrado por aquel amor y aquel su frimiento inauditos, inconcebibles, trató de consolarla. Le habló del buen Dios, de su amor por los que sufren, de su misericordia para los arrepentidos.

Entre las nubes de humo del incienso, que subían hasta perderse en las artesonadas bóvedas del techo de la iglesia; los torrentes de armonía que se deslizaban del coro; el brillo de las luces, y el de los vestidos de seda y la pedrería de aquella selecta concurrencia; serio y grave, como de costumbre, procedía á la unión de aquella pareja encantadora.

Su vista, perdida en el fondo de la iglesia, divisó de pronto, junto á una de las columnas que dividían las naves, el gracioso busto de ella. Parecía más pálida que de costumbre. Sus ojos azules, muy abiertos, permanecían fijos, con la fijeza de los de una cariátide, en el grupo de

los novios; su cuerpo, en la penumbra del sitio en que se hallaba, aparecía sutil y vaporoso como una figura prerrafaelista.

El extendió la mano, y al pronunciar las palabras del ritual, le pareció que aquella cara pálida sufría una contracción dolorosa, y que la cabecita rubia se doblegaba, como un lirio marchito, sobre el mármol de la columna.

Luego, ya sola la sacristía, corrió á la iglesia, y la vió aún á ella junto á la columna, pero no arrodillada en un éxtasis de beatitud, sino erguida con suprema arrogancia, fijos los ojos en el Cristo del altar mayor, en una mirada de expresión indefinible.

Él se acercó poco á poco, y entonces ella, con un ademán violento en que su brazo extendido nerviosamente señaló la imagen, le dijo con voz ronca:

—Su Dios... su *buen* Dios... ¡me lo ha quitado! ... ¡se lo acaba de dar á otra!

Y antes de que él pudiera contestarle, frenética, fuera de sí, extendió su mano cerrada hacia la imagen y en un ademán de amenaza, la midió con una mirada de odio, de reproche, de tristeza, y dándose vuelta abandonó la iglesia con paso lento, inseguro...

Felipe A. Oterriño,
Argentino.

La Plata, (R. A.) — 1899.

MODELOS

Al distinguido paisajista uruguayo Domingo de Arce.

Blanca la tela está. La tarde quieta
el fiel espejo de tu cuadro espera,
y te brinda su mágica paleta,
entre nimbos de luz, la primavera.

Las patrias lomas te darán modelos,
fondo hallarás en la sedosa grama,
y por colores... los que allá en los cielos
la mano del Eterno desparrama...

Copia del lago las azules ondas,
del viejo sauce las colgantes ramas,
de la selva gentil las verdes blondas
y el dorado festón de las retamas.

Fija en el lienzo las purpúreas flores
de la grietada ceiba centenaria,

y el carcomido tronco sin verdores
donde teje su red la pasionaria.

Logre en la tela perdurable vida
la blanca nube que sin rumbo pasa,
el ave agreste que entre el bosque anida,
del quieto arroyo la flotante gasa.

Del crepúsculo imita los colores,
y brillen en tus cuadros de manera
QUE SE BESEN LOS ROJOS RESPLANDORES
CON EL BLANCO Y CELESTE DE LA ESFERA...

El rojo y el azul!.. amigas olas
les vi formar y pintoresca faja,
al mezclarse las rojas amapolas
con la silvestre flor de la borraja.

Pide al remanso entre el juncal dormido,
la verde liana, el errabundo islote,
la mata oculta en que descansa el nido,
y el azulado airón del camalote.

Robe el pincel los musgos y claveles
que al espinillo y al ombú se abrazan,
donde riman sus tristes y rondelas
las auras que con ellos se entrelazan.

El himno de los bosques interpreta
y el dulce arrullo de la linfa en calma,
cual se fijan los sueños del poeta
en el lienzo gigante de su alma.

Emula, en fin, el rugidor torrente
que entre peñascos se retuerce y brama;
y el vasto cuadro, desde su alto oriente,
alumbra el sol con encendida llama...

Pero un sol todo luz, todo fulgores:
el que del Plata en el cristal se espeja,
el que alumbró con áureos resplandores,
bajo un dosel de franjas tricolores
la falange inmortal de Lavalleja!

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Octubre 23 de 1899.

Á LA LUZ DE LA LUNA

(Capítulo de la novela «Aromita», próxima á aparecer)

—Mirá, Giussepín, eso es música celestial. Ni don Pan-
chito se casará con tu hija, ni vos conseguirás nada del
padre, ni el mozo es para la moza.

En el poblado ó en la ciudad, el niño hallará árbol en qué
ahorcarse, lindo y tupido, pero aquí... ¡ni pensar! Se
comerá la fruta y dejará la cáscara, para que otro cargue
con ella!

El capataz, don Ramón, lanzó una risotada y contempló
la cara de Giussepín.

—Él me ha dicho,—añadió éste—que se casará en
cuanto tenga edad, y en tales condiciones le permito en-
trar. Si no....

—¡Um! Ustedes son muy vivos, pero él es más. Cui-
dado, que no cante en otra parte y ande el nido á la vuelta.
Es *charaboncito* todavía, pero diablo y listo. Desde chiquito
en la capital libaba en varias flores, y ahora, que lo aguante
otro.

El capataz continuó tallando, muy entretenido en mas-
car un cigarro negro, mientras Aromita, agachado, con el
sombrero en los ojos, observaba. Cada palabra del capa-
taz y del almacenero eran un rayo para él.

—Don Ramón habla como un libro. Giussepín quiere
casar á Rosina con el niño Pancho. ¡No será, no será!
—Y por último, ¿usted no conoce la noticia? Don Pedro
está liando los petates para irse á Buenos Aires, porque
tiene que educar al mocito. No le falta razón. ¿Qué hace
aquí? Vagar, matar pingos en galopadas jefes, en ciertos
pasos con olor á polleras. ¡Si se ha recorrido ya todos los
ranchos! Es más baqueano que mancarrón aquerenciado,
perdonando la comparación.

—¿Conque se van? ¿Y cuándo?—inquirió don Giussepín.

—Pronto, la semana que viene. Yo me quedo en la Es-
tanzuela. ¡Conque, ya sabés, andá derecho porque no soy
el general!

Aromita no perdió una frase.

El viaje no se lo imaginaba tan próximo. ¡Se iban! Él
también, con su madre. Alejarse de aquellos sitios, que
tan gratos le eran, donde andaba con tanta libertad, donde
había gozado y sufrido...

¿Y Rosina? ¿Qué haría Rosina? ¿La vería alguna vez?
¿Regresaría á la «Estanzuela» para contemplarla?

Se dirigió al palenque. La luna se alzaba radiante, como
un foco, en un cielo límpido. El campo parecía bañado de
un tul de plata. La majestad de la noche conmovía.

Sin apuro, aflojó la cincha del petizo, acomodó las ca-
ronas y la manta y subió las riendas.

Al montar, se detuvo. Tras de un naranjo cuyos azaha-

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



MANUEL MARÍA OLIVER

res penetrantes perfumaban en oleadas, apareció Rosina, iluminada de lleno por la luna. Era una evocación romántica, una aparición bellísima que ofuscó al muchacho.

Ella se adelantó rápidamente.

—¿Te vas, Aromita?

—Sí, Rosina. Nada tengo que hacer aquí. No juego, no fumo, no bebo.

—¡Claro! ¡No te atrae nada! No hay petizos, no hay campos para correr, ni soledad para cantar.

—Yo nunca canto, Rosina.

—Cantas, te he oído.

—No sé...

—El otro día, que fui á la Estanzuela con mamá. En la cochera entonabas unas vidalitas...

—Eso no es cantar.

—Para mí, sí.

—¿Cómo para ti?

—Porque me gustan... ¿Y para quién cantabas?

—No lo sé, para nadie. Y tú, ¿para quién cantas por las mañanas?

—¿Yo? Canto por cantar, como dice don Ramón.

—Quizás para otro.

—Para el niño Pancho, ¿verdad?

—Tú lo has nombrado.

—Mira, no lo quiero. Tan malo, tan áspero. Luego, esa mirada...

—Pero le has dado un beso.

—¡Te juro que no!

—Ó se lo prometiste.

—¡Jamás!

—Entonces...

—¿Qué?

—Rosina: te voy á confesar una cosa.

—Dila.

—¿Tú me quieres?

—Si tú me quieres...

—Entonces, ¿me quieres?

—Sí, ¿y tú?

—¡Con mi alma!

Ella se recostaba en el palenque, y Aromita había puesto el brazo sobre el recado del petizo, cerquita de Rosina.

Dominados por la armonía de aquella noche vibrante de amor, llena de efluvios, se dieron un beso, el primer beso,

dulce como una gloria, que estalló como el broche de una flor fragante...

Manuel María Oliver.

Buenos Aires.

CONCEPTOS DE CRÍTICA

II

Y ahora que hemos pasado revista á las distintas encarnaciones del Ideal, que, como á un ser divino, lo hemos visto transfigurarse en el Tabor excelso del Arte; ahora que hemos hablado de la verdad, dibujada poliformemente en ese estereoscopio de la moda á través del cual la óptica humana cree contemplarla como á una sola y única imagen, cabe preguntar: ¿cuál será el fin de su evolución tan llena de complejidades, de esa verdadera metempsicosis que escapa á la luz de todo análisis y que burla las predicciones de todas las épocas? La eterna interrogación de la duda parece dibujarse en la sombra de nuestro espíritu, interrogación que tiene por hermano al eco, polifono cantor del vacío! El Arte es el pensamiento mismo que emprende su viaje eterno por un laberinto dantesco, lleno de oscuridades y lleno de iluminaciones, y como el Profeta de la Biblia suele hallar en presencia de las fieras el esplendor de los ángeles.

Los siglos le han visto morir, para luego renacer glorioso bajo distintas formas; es como un gusano sublime que se enferma mientras le brotan las alas!

No hay que ser, como dice un moderno crítico español, de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso ó que no van bien con sus propensiones y la índole de sus espíritus. La tolerancia es el saludo de la inteligencia á lo desconocido. Tolerar es amar lo que se acerca, y es acercarse á lo que viene. Nadie puede ser juez de lo que sólo debe ser juzgado por la posteridad, y quien dice posteridad dice relatividad, y quien dice relatividad tropieza sin querer con lo infinito, con lo incomensurable. ¿Qué es el gusto sino una cantidad de alucinación, que entra por los sentidos, educados por tal ó cual época, y lacrados por convencionalismos más ó menos efímeros que se demienten unos á otros á cada paso, invocando el nombre de la Verdad?

¡La Verdad artística!... he aquí una expresión bien vulgar que la repiten todos los labios, sin que los cerebros se den cuenta del significado que entraña.

El Arte es, como la hermosa mujer de la fábula, un ser biforme que enseña á cada espíritu y á cada época una parte de su naturaleza. Así considerado, no admite axiomas, ni se deja bautizar en el cenáculo de ninguna teoría por más brillante y racional que sea. Es como un pájaro que necesita del aire libre para vivir y que ni aún en jaula de oro emite un solo gorjeo. El Arte ama la libertad porque es hijo de ella. Ponerle parapetos, es ahogarlo. Es como la luz que en donde encuentra una opacidad sólo sirve para producir sombra.

Vinculado, como está, con el mundo moral, cada vez que éste se ha desviado de su órbita lo ha seguido en su falso derrotero. Entonces dejó de ser pájaro de aurora que canta al embriagarse con el purísimo oxígeno para convertirse en murciélago de una noche siniestra, que bate sus alas al olor de la sangre. La belleza en su acepción general, que es la virtud de las cosas, forma un conjunto armónico, como el universo; un eclipse produce una noche, una desviación podría producir una catástrofe, y una simple anomalía ó fenómeno esa enfermedad de toda naturaleza que llamamos perturbación.

El Arte, siguiendo esta ley fatal, ha sido en todo tiempo la expresión del estado social, la epidermis que revela el estado de adolescencia ó decrepitud de los pueblos: en el charco: inmoralidad; en el convento: estagnación; en el hacha revolucionaria: incendio; en el renacimiento: ascensión; en las decadencias: orgía. ¡Fantasma multiforme de las civilizaciones: mito grosero ó talismán sublime, prostituta vulgar, ó apóstol divino, verdugo ó sabio, reptil ó águila!

Hémosle visto, desde que salió, fresco y no sazonado, como un vino nuevo, de los prístinos odres de su nacimiento, cambiar de sabor; adaptándose á las exigencias de los paladares, y teniendo que sufrir la humillación de las mezclas profanadoras y malsanas, en medio de las orgías de las decadencias porque ha pasado de tiempo en tiempo. Lo hemos visto hecho pedazos como la túnica de Cristo, empapada en la sangre del sacrificio. Lo hemos visto coronarse de espinas para subir al Calvario, despojado de los laureles y de las palmas de sus triunfos, y abrir luego, al género humano, con la cruz de su martirio, el cielo de las glorias futuras!

¡Largas y gloriosas etapas de sufrimiento, en que como el cordero, imagen del Poeta mártir, ha ido dejando en las zarzas del camino impolutos vellones mezclados con sangre!

Semejando una polvareda extraña y luminosa que volara de repente circundando las caudas de los maestros Griegos y Romanos, aparecieron en el olímpico estrado los primeros revolucionarios del Arte, los verdaderos iconoclastas de la retórica, Luteros, con máscara de esos renacimientos sombríos que pusieron en desorden los viejos cultos, tocando á rebato contra todo lo bello, contra los ídolos ante quienes ardían los incensarios del gusto; espíritus híbridos generados por influencias distintas; frutos extraños en cuyas células ardía el zumo del injerto, como el licor de un veneno en la cavidad de un cáliz de oro. Y, sin embargo, nadie los execraba, nadie los veía en su insignificante realidad, porque la corrupción como ciertas fieras de antro nace mirando la penumbra; porque en lo moral, como en lo físico, existen enfermedades que dejan ciegos á los hombres, así como existen cegueras que los iluminan!

Píndaro y Esquilo, por no citar otros de sus ilustres congéneres, se vieron avergonzados por los *exóticos y los anémicos*, cuyas producciones aunque no dejaron de ser, patológicamente hablando, verdaderas efflorescencias enfermas de un organismo viciado, llegaron á pasar por piedras de extraña rareza, que se pagaban á precio muy superior, satisfaciendo el novedoso consumo de una época heresiarca, llena de relajamiento y de lucha; época de falsificadores y de mercaderes de baratijas, de extravagancias pompeyanas y de ensueños de Fakires, de piruetas, en vez de ademanes, de hipos, en vez de sonrisas; cuando el apetito de la mirada ebria buscaba para saciarse turquesas verdes y rosas azules, cuando el almizcle chorreaba de todas las telas, y el bostezo caía de todas las bocas amantes del opio.

El Templo de Apolo, que tiene cien puertas y otros tantos pórticos, llegó á ser un bache de ignominia en que los viejos incensados sufrieron la condena de sudar sangre bajo el látigo impío de los espúreos de una misma raza, que degeneraron hasta reirse cínicamente de lo que hacían.

Idéntica cosa sucedió en Roma. Tíbulo parece ser la última gota del aristocrático néctar de Campania, transformada en una lágrima de rubí en los párpados del divino Cátulo y haciendo sonreír de embriaguez á Ovidio.

La misma horrible vecindad *del Capitolio á la roca Tarpeya* existió en aquella gran metrópoli de las letras y de las artes humanas; y la noche del cataclismo, emboscada en el occidente de ese gran cielo civilizador, abrió sus fauces tenebrosas para devorar la presa de oro que el viejo Orfeo dejó olvidada en los archivos de sus colegios, de educación noble y severa, entre el polvo de sus templos y bajo los tapetes de púrpura del *Forum!* Desde ese instante el Tíber sólo reflejó sombras y las hijas lacrimosas del gran Loda, coronadas de siemprevivas y de hojas de sauce paseaban en las noches de viento por la vía de los sepulcros, llamando á Horacio y suspirando por Virgilio! Es que había muerto Roma, la Roma espiritual, la Roma eterna, y sólo quedaba en pie sostenido por columnas trucas y arcos medio derruidos, su propio cadáver embalsamado y expuesto á las profanaciones de los extraños y de los enemigos. ¡Inmenso baobab que habiendo sido trono de ibis fué madriguera de reptiles: campo de astro convertido en catacumba sombría!

El descenso es rápido cuando la eminencia es gigante. El abismo es más grande cuanto mayor es la montaña. ¡Ay de las excelsas virtudes cuando se pierden! Los vicios más grandes ocupan su lugar; no parece sino que, á semejanza de ciertas regiones ecuatoriales, la noche es de igual duración que el día en los dominios del espíritu que han sido esplendorosamente iluminados por la gloria.

En los triclinios de la inercia se durmió aquella Roma voluptuosa y sensual, mientras la lira clásica servía de leña para calentar las estufas que enrarecían con calores artificiales la atmósfera impura de las moradas.

Es así que, junto con los protervos de la política aparecieron como buhos de presagios fatídicos, innúmeras individualidades deformes, casi monstruosas, que según el pensar de un grande escritor moderno, fueron más funestas para el imperio de los Césares que los mismos bárbaros.

La demencia imaginativa, la frivolidad pasajera, el oropel de mal gusto, la fraseología insustancial y el desaguisado de construcciones raras y atrevidas fueron los frutos de esa demagogia artística que le arrebató los lauros al genio, sucediéndose á la diafanidad y pureza de los sonidos de la pauta armónica, los repiques secos y monótonos de los cascabeles y de los timbales. Ridicutez de locura. ¡El hermoso rosal de Elena humillado por el enano

baobab de Tartarín! Neurastenia del hombre, y lepra del pueblo! Así se enfermó una época y así se perdió una gloria...

Un diluvio de innovaciones y de inventivas sin la menor sujeción á reglas, un verdadero vómito de extravagancias, un flujo oceánico de modalidades caóticas ahogó todo aquel inmenso florecimiento artístico, á tal punto que ni los cien mil Tritones de que nos habla Homero, hubieran causado más destrozo.

¡Época Neptuniana de la que para el bibliófilo sólo resta un aluvión confuso y abigarrado, mezcla de fango y de brillo, de opacidades y de reflejos!

La *barbarización* del idioma fué una especie de fiebre destructora que, á efectos del contagio, agrietó los grandes monumentos de todas las demás artes y, tal fué el temblor causado por esa avalancha caída desde lo alto del Destino que, á decir de un historiador sociólogo, Fidas parecía gritar en el derrumbe de los grandes mármoles y Apeles lamentarse en el despedazamiento de las telas sublimes!

Sin embargo, en esta noche helada del espíritu humano, en medio de la oscuridad hiperbólica del caos, brillaron algunos hombres notables que fueron algo así como auroras polares, inmensos prismas multicolores del genio en cuyo espíritu se descompone la pura luz del astro. Esas raras individualidades aparecen en las noches de la Historia y son como auroras glaciales que alumbran vegetaciones de muerte, lirios de Persia que nacen en los alvéolos de los sepulcros!

Petronio, uno de estos exóticos, que marca la segunda decadencia, y al cual, como diría Taine, *la inmortalidad sólo le abre media hoja de su puerta estrecha y deslumbrante*, fué el músico loco de los ritmos extraños, que se embriagaba con su propia bilis para excitar su lujuria de apetitos letales y de sibaríticas extravagancias. Es algo así como el fruto icterico de los últimos días de la primavera Romana, y sus versos, bruñidos con polvos de ónix, formaban en la mesa de sus adoradores un manjar de corazones de rui-señor engarzados en oro de Damasco. Hasta entonces los grandes líricos habían tañido sus arpas en el templo del trabajo, de la gloria y del amor, recorriendo desde el bordón trágico del alma, empapada en llanto, hasta la nota siempre vibrante del erotismo sensual, rociado por el néctar prolífico de la naturaleza; pero, nunca habían llegado

á mascar fibras y nervios, todavía calientes, mezclados con pétalos de rosas frescas, y á formar con el cuerpo espasmódico de una bacante, la lira de mármol en que resonara la estrofa blanca, fría, curva y raramente armónica, del numen borracho y caprichoso!....

Después de esa época el arte se hace niebla y las últimas gotas de la sobriedad clásica se evaporan al calor de un nuevo foco artificial y extraño.

Llámase Bizantina esta época crepuscular, de climáticas perturbaciones, religiones y morales, y nació como una oruga roja de la sangre de ese *augusto cadáver* que fué Roma, y que, más tarde, á semejanza del gran Cid había de ganar la gloriosa batalla sobre el corcel de la fama; pues, es sabido que la literatura bárbara, *pobre de invención, nutrida de savia anémica y encerrada en las lenguas en que balbució sus primeros vagidos*, fué arrollada por ese coloso centelleante que la Historia ha bautizado con el nombre apostólico de Renacimiento, verdadero Cristo de la civilización moderna, que se presentó en el mundo, *con el descaro de un astro*, llevando la Odisea en una mano y la Eneida en la otra y desparramando, en todas direcciones, elegancias de Horacio, ternuras de Virgilio, aletazos de Píndaro y llamas de Anacreonte!

Pero, sigamos labrando el cimiento que nos servirá más tarde para hacer un examen general de la moderna literatura en este gran siglo que toca ya á su ocaso y que nos envuelve tristemente en la media luz de su crepúsculo lleno de incertidumbres y de vacilaciones.

La escuela decadente de hoy día tiene su Génesis en aquellos tiempos de prevaricaciones artísticas, cuando las regias musas apostataron, cambiando su peplo real por el jaique extranjero, cuando los estornudos *de esa peste*, hasta entonces desconocida, constituyeron el síntoma fatal de los que morían sin llegar á ser inmortales!

Muchos fueron los contagiados de esa fiebre de herejía, los que en ese gran banquete baltazarino profanaron los sagrados vasos de oro en que la gloria escanciaba su esencia; ¡ay, pero muchos fueron también los que, dignos de mejor vida, están hoy confundidos con los eternos trapenses de la Historia!

Creo haber hallado una imagen feliz, para representar esta época de mediocridades, perdidas entre una inmensa relajación artística: el decadentismo Romano fué un mangle colosal con flores pequeñas. Un árbol de semejante es-

tatura con flores tan insignificantes sería, á mi entender, la representación gráfica de una época de corrupción del gusto literario, y en que la estética, como la honrada Lucrecia, pareció cubrirse el rostro de vergüenza!

El arte sufrió por este tiempo una de sus primeras caídas para levantarse, como Anteo, más pujante y con más bríos para la lucha.

De estas verdaderas enfermedades de vitalidad está llena la historia de las naciones, y no hay que extrañarse de esto, ya que es un principio, admitido por la lógica, aquello que de un pecado suele nacer un justo. Lo que debe pasar, pasa; como dice el Aguila del Siglo, lo que debe soplar, sopla. ¡Benditas sean estas tormentas climatéricas que devastan y vivifican la civilización: enormes páginas negras redactadas por Dios y que tienen una máscara: el destino!

Salteando por otras épocas para seguir en su proceso las evoluciones de la verdad, nos hallamos con aquella pléyada de genios en flor, aquella vía láctea del espíritu humano, que de Granada á Madrid y de Cádiz á Sevilla esplendió soberbiamente como una corona de estrellas sobre la España.

El Estentor de la Gloria sopló su gran trompeta de oro á orillas del Manzanares, como en otros tiempos la había hecho vibrar en el Helesponto, y en las augustas márgenes del Tíber.

Hay que creer en la trasmigración universal del Arte. De una nación pasa á otra, y en ninguna radica por mucho tiempo. Dijérase, que es una mujer coqueta, que muda de amante todos los días.

Siempre se le ha visto florecer en las grandes capitales de las naciones guerreras que han llegado al más alto crescén de la prosperidad. Es como las anémonas; sólo crece en las alturas, y necesita hallarse expuesta á los embates de los huracanes!

En medio de ese florecimiento primaveral de grandes artistas que giraron alrededor de la Gran Península, como el Hélice Astral alrededor del Polo, apareció una individualidad extraña, un verdadero cometa que causó grandes perturbaciones en las esferas del Arte. Este cometa decadentista fué Góngora. Su idiosincracia intelectual fué algo así como un nuevo color aparecido en el prisma de aquella época. Fué como la rosa verde que el Hada del cuento colocó en el cucurucho de los confites de nieve.

La oscuridad de su estilo fué el marco de ebanuz que hizo resaltar la tela chillona de su imaginación, en la que una orgía de colores, sin gradación y sin efecto armónico, causa no sé qué extraño vértigo, y produce la rara embriaguez de una visión que cambia de forma á cada momento, como una serpentina en medio de la sombra.

Modalidades aderezadas con efectismos, promiscuidad de vocablos de rimbombancia churrigueresca que saltan á la mente como muñecos elásticos de una caja de sorpresa, períodos angulosos en el estilo, fraseología fatua, que como un aerostático, « más se hincha cuanto más sube de tono », hipérboles gigantes que pasan volando, por la página, como la cuádriga de Febo, y que enceguecen al que las mira, epítetos que parecen remilgos, frases que son gestos de hipocondríaco; todo este raro bagaje forma una buena parte de la obra artística del maestro Culterano que arrastró consigo infinidad de adeptos, que sin tener un átomo de su genio original le aventajaron en alambicamiento y en mal gusto, mereciendo la incisión satírica del puñal de oro de Moratín, á quien por antonomasia debírasele llamar el buen apóstol de la literatura de su siglo, pues que contribuyó con sus obras, de la manera más eficaz, á devolverle el buen sentido á los ciegos de su patria!

Por un fenómeno de refracción, los Marinianos triunfaban en Italia, el *enfuisimo* depravado en Inglaterra y los pupilos del Hotel Rambouillet en la Francia, donde todo era melindroso y superficial, y donde bajo una forma de viciosa cortesana refan los chispeantes madrigales, y se arrastraban las odas hueras y llenas de erutos helénicos!

Esta época marca una de las etapas más memorables de la que hoy se llama escuela simbólica, y la grínfolá caballeresca que cubre la armadura de las Gongoristas es compuesta de la misma tela que el teristro que visten las musas Verlainianas ¡Extraña resurrección de las cosas!

Nihil novum sub solem. Los que hoy se llaman nuevos en literatura no han inventado nada, sino que exhumaron lo que ya se conocía, que luego de conformado, en la norma del espíritu actual, y vestido con nuevas ampliaciones, ha sido puesto en venta, en los escaparates de la moderna bibliografía.

Del mismo modo, los románticos no hicieron otra cosa que hacer su Parnaso en la cumbre sagrada del Morvén

donde Ossián, lloró sus más tristes elegías, rimando melancólicas lágrimas sobre la pálida frente de Malvina!

La teoría Gongoriana pareció dominar por un momento en aquel vasto teatro en que el Fénix de los Ingenios y el autor de don Quijote pudieron decir, parodiando al Rey Felipe, que el sol no se ponía para los dominios que habían conquistado con sus obras.

A los actores serios y cultos sucedieron saltimbanquis que tan pronto vestían el pellico virgiliano como el falde-lín pintarrajeado, lleno de chafalonía; y al regio orfebre de la forma, y á la línea escultural del período ebúrneo y bruñido, sucedió la desgachada metáfora y la clorótica ampulosidad del pensamiento.

Ser sobrio es siempre difícil, tanto como no ser amane-rado. Las innovaciones que rompen completamente con las ligaduras antiguas y no se ciñen á ninguna fórmula racional y lógica atraen al mayor número y abren un ca-mino sembrado de peligros para aquellos espíritus semi-infantiles que se lanzan á las aventuras del vuelo en el Hi-pógrifo de sus fantasías.

Por eso es que, el Culteranismo no hizo otra cosa que lle-nar de volátil hidrógeno los intelectos livianos y á seme-janza de las distintas escuelas de la decadencia, se vió al principio inundado de discípulos, con mucho talento al-gunos de ellos y con mucho desequilibrio la mayor parte, que como las moscas glotonas de la fábula quedaron pri-sioneras en el panal del Maestro sin que se aprovecharan de su gloria. ¡Sublimes desarrapados, como diría Hugo, con mucho oro en el cerebro y completamente desnudos! La libertad, como los vientos, lo primero que arrastra es la plebe de lo pequeño.

¡Dichosas las generaciones que pudieran adivinar el perjuicio que les ocasiona esos derrames de rica savia, de tanto cerebro que inútilmente se pierde; savia que lleva en sí el plasma de vida del genio mismo!

Los programas de las decadencias han tenido el brillo momentáneo de los falsos metales y ese perfume de las esencias falsificadas que se evapora en un instante. Si Gón-gora no hubiera producido algunas obras muy notables, tal es el disfraz halagüeno con que se presentó en el esce-nario de su tiempo y tal el perjuicio que causó, que se le podría representar como á la arpía mitológica; mitad atracción, mitad fiebre: rostro de mujer y garras de águila!

Pero no todo ha de estar en contra de estos grandes ante-

Cristos, que como el Mago Simón hicieron falsos mila-gros, en nombre del Dios de la Verdad, que ellos descono-cían por completo, y con el que fueron sin el menor recato sistemáticos irreverentes. La notable frase del Pontífice, *es bueno que haya herejes*, no puede ser más profundamente exacta. Por lo demás, toda impulsión viene de arriba. Las grandes catástrofes como dicen los sociólogos traen los grandes equilibrios. Detrás del carro de las tormentas arrastrado por Centauros que lanzan rayos en todas direc-ciones del vacío, viene la azul bonanza, tañendo su arpa con leves respiraciones de brisas. Los deltas, húmedas tumbas, en donde las epidemias desparraman sus mil hálitos de muerte son también hermosos tálamos de fecundidad en donde germina la simiente que nos da el pan de la vida!

Del mismo modo, y tal como sucede con las mujeres próximas al parto, en el mundo moral, en épocas que anteceden á la formación del gusto y triunfo de la belleza, todo beneficio, todo resurgimiento se hace anunciar por una fiebre, por una evacuación, por una inquietud, por un tem-blor; males éstos que sin dejar de ser pasajeros son fruc-tíferos: dolorosos espaldarazos de la fortuna; circunci-siones sangrientas de los grandes futuros!

Es por eso que á retaguardia de las crisis, verdaderos pa-roxismos de la naturaleza, viene la evolución saludable, y aún esas mismas crisis sanean, redimen, sacuden ma-rasmos, despiertan emulaciones, espolean actividades, mueven ingenios; son algo así como inmensos carámba-nos de sufrimiento que forman el torrente vital de la exu-berancia!

Si el Arte no tuviese falsos apóstoles, no tendría grandes mesías. En todas las épocas en que se ha visto en peligro ha aparecido un Arquetipo, y una nueva aleación ha sur-gido en el fondo de los espíritus. Todo nos enseña á es-perar cuando la desesperación nos asfixia; y en estos días brumosos de desencanto y de duda llega hasta nosotros el Arquetipo soñado que ha de colocar lenguas de fuego so-bre las pálidas sienas de los que interrogan á la esperanza!

Shakespeare, Dante, Camöens, Milton, Lope, Cervantes, Bossuet, Molière, Racine, Byron, Chénier, Heine, Goëthe, Schiller, Musset, Hugo, Manzoni, Puszquin, Carducci, Quintana, Leopardi, Tennyson, Herculano, Chateaubriand, Lamartine, Mickiewicz, Swinburne, Leconte, Petcefi, Algernon, Eglenschlœger, Prudhome y tantos otros ilumina-dos han sido verdaderos Arquetipos providenciales, que

estereotiparon su genio, al refrescar con una gota de agua los labios ardientes de ese eterno peregrino que jamás se sacia!

¡Bendito sea el error si viene precedido de una luz!

¡Bendito lo ridículo si esconde en su seno lo sublime!

En el fondo del antro está Isafas. Bajo la peluca de Voltaire la libertad fermenta!

Por otra parte, volviendo á lo que decíamos, es una verdad comprobada, que de todo lo malo queda algo bueno, y esa dosis de beneficio suele ser la compensación del castigo, así como el rastro de una enseñanza más saludable que dolorosa, que siempre se debería recordar como precaución contra el peligro: teniendo presente el mal se aprende á odiarlo, ha dicho el filósofo.

Al legado de las antiguas decadencias pertenece ese espíritu nuevo, audaz, revolucionario, aventurero, anti-arqueológico, que avanza á paso de caballería volante por sobre los escombros ungidos de pátina, que rompe lanzas con todo lo que es rutina, que lucha contra todo lo que huele á humedad de trapos viejos, que se pla como un violento ciclón sobre el polvo de las supersticiones, que profana las necrópolis de los archivos, que funde los viejos ídolos de metal para hacer con ellos piochas para la libertad del gusto, que como el Luzbel humano del Poema inmortal arroja un vaso de vino sobre los viejos esqueletos, que iza como flámula de sangre la roja tea que incendia Bastillas y extirpa sombras!

Espíritu de independencia y audacia que es fiemo en Rabelais, carcajada en Voltaire, escalpelo en Diderot, blasfemia en Jorge Gordon, cuchilla en la Convención, crepúsculo que anuncia nuevos ortos en el cenáculo de Verlaine!

Ese espíritu que presenta todas las ventajas y desventajas de la libertad encerrada en el yo, y que, como un albatros de tormenta aparece á la luz del relámpago que traza paisajes apocalípticos, ha sido y será siempre el terror de los hombres-pantanos, de los refractarios á lo nuevo, de los que se empacan en el barro de los cánones eclesiásticos; de los rezagados del progreso, de los que como el místico loco que creía tener á Dios en su estómago por haber recibido la Sagrada Forma, creen estar en posesión de la Verdad, y se niegan á nutrirse con los nuevos frutos que les depara el árbol del Tiempo en su reflorecimiento artístico!

El movimiento que es el alma de la dinámica universal debe ser también el alma de la civilización. El dedo de lo desconocido, que nos señala el más allá, es Dios mismo. Los espíritus retrógrados son como las tenebrosas habitaciones que halló en Egipto Cambises; tienen por techo el desierto y por habitantes las momias, ambas cosas bien lúgubres! Pero la luz siempre serena rompe todos los parapetos de sombra que halla á su paso y los atraviesa, triunfante, como un proyectil escapado de la flecha de Dios. Los que temen atravesar el puente de ultratumba, ha dicho un gran pensador religioso, no conocen la higiene de la conciencia; del mismo modo podría decirse de los que temen al nuevo mesías del Arte: no están seguros de estar bien con la verdad. Quien tiene conciencia de su hermosura no teme que le dé el Sol en el rostro, al despuntar en Oriente. Los buhos que aman la sombra, son atraídos por los cementerios y huyen espantados ante la luz!

Revolución es casi siempre civilización, y civilización es belleza. Sin las catástrofes cosmológicas que han precedido á la formación del mundo, es tan seguro que no tendríamos montañas ni océanos como sin los grandes movimientos políticos y artísticos, que han conmovido el eje social, no atesoraría el género humano tanta obra gigante, tantos monumentos como los que hoy existen, y que son como tiendas de titanes que marcan las etapas del genio en su peregrinación por los siglos.

Grecia tuvo que bajar las gradas de su Olympo para que Roma desparramase sus águilas en dirección al mundo entero. La civilización comercial de Cartago cayó hecha pedazos á los pies de Escipión como los falsos ídolos en presencia del gran Moisés cuando bajó de la montaña, á la que había subido para hablar con Dios. Más tarde, Roma, que había sido pisoteada por los corceles de los bárbaros, pareció, consumida por el incendio, la antorcha de una nueva civilización dibujando una aurora en el horizonte: verdadera mariposa de fuego salida de aquella larva de ignominiosa impureza. ¡Y así continúa el largo proceso de las edades y de las naciones, hasta principios de nuestro siglo en que Napoleón el Grande le corta á Rusia, y á todos esos pueblos semibárbaros del Norte, sus cataratas de hielo abriéndoles las puertas de la gloria; y, sin soñarlo siquiera, invita á la que fué mísera Alemania á tomar asiento en el banquete de las grandes prosperidades políticas, casi á la cabecera del Universo.

¡Aterradora ironía de los acontecimientos que se burlean á cada paso de las espadas de los conquistadores y de las profecías de los filósofos!

De la gran Revolución Francesa y de la epopeya Bonapartista que formaron ríos de sangre en toda la Europa, surgió aquella pléyada de genios y de grandes artistas que fueron el asombro del mundo en este siglo y la corona más grande de la Francia. Los panales del Híbla se derramaron desde París á San Petersburgo, formando en vez de un torrente de sangre humana, un océano de inspiración sublime, de miel poética, de pinturas espléndidas, de purísimos mármoles y de joyas artísticas del mejor género.

La música fué la palabra de los inmensos dolores y de las supremas alegrías que habían pasado en menos de veinte años por toda la tierra. El teatro Francés se llenó de dramas, como poco antes el suelo de esta gran nación se había constelado de victorias. Los museos se llenaron de tantos cuadros y estatuas como la Historia se había llenado de páginas monstruosas ó sublimes. Aquel semillero de consternaciones fué convertido en una floración de gloria, como si en cada surco que hubiera abierto la espada, y en torno á cada cruz que amparase el sueño de un muerto, la diosa romántica hubiera hecho nacer una flor, embalsamando todas las ruinas y ungiendo todas las tumbas con el óleo de las lágrimas.

Con lo dicho anteriormente, hemos querido explicar que todo está eslabonado de una manera armónica en la naturaleza de las cosas, y que por una rara antítesis del Destino las grandes primaveras de la civilización son precedidas de espantosas tormentas, y los grandes advenimientos de terribles anunciaciones.

En Arte sucede exactamente igual; todo movimiento hacia adelante parece una catástrofe, y de estas catástrofes aparentes surgen inmensos beneficios, como de una espesa noche nace una hermosa aurora. El sociólogo ve la perla en el molusco enfermo, y el diamante en la sombra del carbón. ¿Qué han sido las antiguas relajaciones sino extravíos que han dado por resultado nuevas conquistas con el descubrimiento de nuevos panoramas y de nuevos horizontes? Benditos sean los Núñez de Balboa, si al perderse en la heroica aventura descubren un Océano!

De la revolución decadentista en su primera época, data el pentágono de la poesía moderna. La rima es hija suya,

lo que equivale á decir que es hija suya la orquestación de las palabras, la tonalización de la idea, la vibrante eufonía de la métrica, el melodioso acorde que acaricia el oído y que cautiva el alma, eterna novia de la armonía. Además, sus nuevos ritmos fueron carcajadas de bacante destinadas á competir con los gastados exordios académicos, que tales eran los ritmos griegos y latinos que hasta entonces se conocían. Fuera de esto, en los dominios severos de la Prosa tocó á rebato contra la monotonía clásica del giro enjuto y de la frase rígida, contra el procedimiento gastado á fuerza de experimentación y de trabajo; corrigió los antiguos modelos; quemó su incienso ante las nuevas plásticas; inventó muchas palabras y alteró reglas y fórmulas; ensanchó el dominio de las figuras, distendiendo las alas del instinto audaz de donde arrancan los vuelos de la fantasía, y las parábolas luminosas de las creaciones; colocó frente al ceñudo canon antiguo estas palabras: flexibilidad, elasticidad; bautizó el pincel con el prisma, y finalmente aumentó el cordaje de los instrumentos, diamantizando la lengua, muerta en su antiguo molde, á la manera que se enflorace un cadáver para llevarlo al sepulcro (1).

Julio Herrera y Reissig.

VISIONARIA

Con voz sacerdotal hablóme en sueños
una visión extraña,
una visión que envuelta en viva lumbre
la figura del Dante semejaba.

Ya se acerca—me dijo—el cielo ansiado
por las celestes almas;
ya rompen los espíritus excelsos
del fanatismo y del error las trancas.

Ya llega el tiempo en que los hombres amen
el eco de las arpas:
¡de los poetas la divina lengua
que de un seguro porvenir les habla!

Ya el nuevo Prometeo el férreo yugo
destroza en la montaña
y se eleva otra vez al infinito
con el vuelo potente de las águilas.

(1) Continuará próximamente.

Ya el pensamiento la verdad que busca
 à divisar alcanza,
 y con luz pura cual la luz de Roentgen,
 descubre el centro donde van las almas.

Contempla, soñador, en el Oriente,
 la lumbré sonrosada:
 ¡es de la Aurora el brillantino carro
 que va arrastrando gigantesca cuádriga!

Mira la cumbre del Edén soñado
 en la celeste patria,
 donde en la cima de un Zabor se asienta
 la suprema Verdad tan calumniada.

Contempla á Dios, pero no al Dios que enseñan
 à las turbas ignaras
 los que vendidos al *becerro de oro*
 comercian con el miedo de las almas.

Pero no al Dios, muñeco despreciable
 que el fanatismo aclama,
 que vende su perdón y que se muestra
 con pasiones estúpidas que manchan.

Sino al Dios que te ha dado la conciencia
 como segura pauta
 para regir tu vida sobre el mundo
 y levantar al cielo tu mirada.

Sino al Dios que al formar el Universo
 dijo á la especie humana:
 —«Con el trabajo escalarás el cielo,
 yo soy la Vida y la Verdad—trabaja!»

Despierta, soñador, llega la hora
 de trabajar... ¡levanta!
 ya rompen los espíritus excelsos
 del fanatismo y del error las trancas!

Calló la voz... y despertóme un ruido
 cual resonante diana:
 ¡era el martillo del Progreso humano
 que sobre un yunque colosal golpeaba!

—José Cibils.

Rosario de Santa Fe.

MESEMBRIA

Eirene vive aquí. Súrculo enorme
 da sombra al trono en que la diosa excelsa
 las labores que Démeter impulsa
 protectora contempla.

Ociar me es grato. Las pensiles flores,
 que gualdas y barcinas se entreveran,
 con sus tenues efluvios enervantes
 el tibio cauro impregnan.

Préndelas diligente, el tallo corta
 que las une á fecunda enredadera,
 y que, tejidas, á tus sienes formen
 hierática diadema.

Discorre así, Leonor, entre boscajes
 que las frondas de Lalmos me recuerdan
 donde al hijo de Cálíce abrazaba
 la pálida Febea.

Busca al viejo Sileno coronado
 de frescas rosas y de verde hiedra
 que en numerosos dácilos derrama
 la inspiración helena.

En desgaire genial con Erigone
 haz que á mi encuentro presuroso venga,
 seguido por el coro de bacantes
 que frigia danza trenzan.

Soláceme la turba bulliciosa,
 la que de Eván en las sagradas fiestas
 al sonido de Cítara heptacorde
 y crótalos carlea.

Quizá entonces más rápidas trascuran
 las Géleres que en torno pasan lentas,
 y al fin disipen las hiemales brumas
 de asoladora ciencia.

Manuel A. San Juan,
 Peruano.

Lima, Octubre 26 del 99.

NOTAS DE REDACCIÓN

Por haberse recibido á último momento, no ha sido posible dar á la imprenta la continuación de los notables pensamientos titulados: «De micartera», pertenecientes á Carlos Martínez Vigil, uno de nuestros más inteligentes compatriotas, que se distingue por la forma castiza y elegante en que expresa sus ideas y por la incisión sangrienta de su sátira fina y penetrante.

En el número próximo publicaremos su retrato acompañado de una de sus mejores producciones, con la que se honrarán una vez más las páginas de LA REVISTA.

Acusamos recibo de una obra de nuestro inteligente amigo Nicolás N. Piaggio, titulada: «Apuntes de telemetría». El elogio mejor que podemos hacer de su mérito está en felicitar á su ilustrado autor por el éxito alcanzado en la venta de su libro, el que á juicio de los inteligentes en la materia que abarca, es notable por todos conceptos.

—Hemos recibido dos bellos tomos de poesías titulados: «Fruta verde» y «Estela», pertenecientes á José M. Quevedo, uno de los nuevos cruzados argentinos de mérito positivo. Verdaderas páginas de inspiración y buen decir hemos encontrado en ellos, que son una promesa de luminoso futuro para el joven poeta.

Tenemos que presentar al selecto público que nos atiende cinco nuevos colaboradores, conocidos favorablemente en nuestra América Latina, y que ya han recibido el espaldarazo de la consagración por parte de la crítica imparcial y severa. Estos son: Alejandro Escobar y Carvallo, Vicente Nicolau Roig, José M. Quevedo, Felipe A. Oteriño y Manuel A. San Juan. A estos distinguidos amigos les agradecemos la visita que nos han hecho, felicitándolos por las brillantes producciones con que hacen su *debut* en «LA REVISTA»:

Hemos recibido la nueva obra titulada «Mis Derrotas», de que es autor el distinguido publicista y orador Alberto Palomeque. Campea en buena parte de la obra la independencia de criterio que es característica en su autor, con la sinceridad en los juicios que emite.

En lo referente á la parte material, la obra aludida es de lo más notable que han producido los talleres tipográficos del país, distinguiéndose por lo nítido de la impresión, lo mismo en lo que se refiere al tipo que en lo relativo á los numerosos grabados que ilustran el texto, los cuales constituyen una valiosa galería de nuestros hombres públicos de actualidad.

Nuestros plácemes al autor y al artístico taller de *El Siglo Ilustrado*, donde se ha editado dicha obra.

LIBRERÍA
DE LIBROS
CALLE DEL MOLINO

CONFITERIA AMERICANA

Calle Cruzada al 400 1870

DE MARCO Y BRET

321 - Calle de la Jofa - 303

906 - Agraciada - 906

CALLE DEL MOLINO

SATURNO

DESPACHO DE CERVEZA

BEBIDAS FINAS

Cocktails, Sandwiches y Lunch
VINOS ITALIANOS Y CIGARROS HABANOS

4 y 5 - Plaza Cagancha - 4 y 5

En entrada a la calle Quinquay 210

ALEJANDRO BASELGI

DOMINGANO

GENERALIANO DE CALLES FRIGERIANO

DE CALLES FRIGERIANO

100 - Calle San Juan - 100

MONTVIDEO

J. MARTINS Y C.

INGENIEROS

DE OPORTO Y JEREZ MARCA MOLINO

101 - Calle Correo 101

EN VENTA EN TODAS PARTES

MONTVIDEO

Sastreiro del Rio de la Plata

MEROLA & C.

ESPECIALIDAD EN TRAJES CIVILES Y MILITARES
SE ATIENDEN PEDIDOS DE LA CAMPAÑA

224 - 25 de Mayo - 224

AGUSTO

RAMONZ CARRI

BOANI Y DE LA BARRA

MONTEVIDEO

ABIERTO TODA LA NOCHE

Monte y Troy y 25 de Mayo